ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

LA ÚLTIMA CENA

En su relato de la última noche de Jesús, todos los evangelistas dan por hecho que conocía él de antemano y en sus menores detalles lo que iba á suceder (véase á San Juan, XIII, 1 y XVIII, 4). Esta hipótesis, consecuencia natural de la idea que tenían ellos de Jesús, como Mesías engendrado de Dios ó como encarnación del Verbo creador, debe ser restablecida por nosotros en la medida que es humanamente posible é históricamente verosímil. Jesús pudo prever que se acercaba la catástrofe; pudo no fiarse de la fidelidad de éste ó el otro discípulo, y aun pudo no ocultar sus presentimientos, pero no podemos admitir, en manera alguna, que supiese exactamente que en aquella misma noche sería preso, que nominalmente designase á Judas como próximo á traicionarle y á San Pedro como cercano á negarle. Aunque hubiera tenido Jesús en el sinedrio secretos amigos que le avisaron lo que se tramaba contra él, esto explicaría, al menos, su presciencia sobre los dos primeros puntos; pero nuestros medios de investigación no nos dan indicio de algo semejante. Tan difícil es todo esto de concebirlo históricamente, como fácil de explicar psicológicamente, que los partidarios de Jesús pudieran llegar luego á representárselo y á creerlo.

Sin duda, Jesús debió darse cuenta de la situación, y es fácil ver la traza de sus presentimientos en las imágenes fú-

nebres que acompañan á las instituciones de la Cena (Matheus, XXVI, 26-29; Marc., XIV, 22-25; Luc., XXII, 19). Veíase, por una parte, rodeado de poderosos enemigos irritados é irreconciliables, á quienes podía llevar el fanatismo á los últimos extremos; por la otra, debía reconocer que si sus mejores amigos no le comprendían sino hasta imperfectamente, menos aún podía confiar en la masa del pueblo, creyéndola bastante favorable á su causa para que se pudiera esperar de ella un socorro eficaz contra la conjura que él presentía. Y cuando, presidiendo la última comida, y bajo la presión de estos pensamientos, partió el pan, pudo ver en éste una imagen de su cuerpo, al que el odio de sus enemigos reservaba un destino semejante. Y cuando llenó las copas, igualmente pudo pensar en su sangre, que tal vez pronto sería derramada como él vertía aquel vino rojo para sus discípulos; y dejando desbordar sus presentimientos, pudo decirles que con él se haría bien pronto lo que veían ahora hacer con el pan y con el vino, y sacar de esta semejanza ocasión de recomendarles que se acordaran de él y tuvieran presentes sus palabras cada vez que, reunidos, comieran el pan y bebieran el vino. Y aun pudo también, absorto por el pensamiento de su muerte cercana, considerarse como una víctima ofrecida al sacrificio, ver en su sangre la consagración de una nueva alianza entre Dios y los hombres, y á fin de unir con un lazo vivo la sociedad que quería fundar, instituir esta distribución de pan y de vino como una fiesta conmemorativa.

Sin duda que todo esto es posible, pero resta saber si todo puede ser considerado como históricamente sabido. Desde nuestro punto de vista, el silencio del cuarto evangelista no es concluyente contra los sinópticos; mas, por otra parte, el testimonio del apóstol San Pablo (1. Corintios, XI, 23-35), no es tan decisivo como de ordinario se pretende. San Pablo reproduce la tradición que corría en el momento de entrar él en la comunidad cristiana; pero no es fácil determinar lo que, en su relato de la institución de la Cena, pertenece realmente á la tradición primitiva y lo que el uso de los primeros cristianos pudo ir sinceramente añadiendo. Si, fiel al rito judío, Jesús sólo había distribuído el pan y el vino á sus discípulos, limitándose á hacer con este motivo una alusión á la muerte violenta que le amenazaba, y si en lo sucesivo la asamblea de los fieles había hecho de esta distribución una ceremonia conmemorativa de la muerte

de Jesús, era bien natural poner la prescripción (haced esto cuantas veces bebáis, etc.), en la boca misma del maestro. Una vez habituada á ver en el pan y en el vino el cuerpo y la sangre de Cristo, y en la sangre el sello de una nueva alianza, la comunidad pudo figurarse que Jesús mismo había substituído estos símbolos, y que los apóstoles, testigos de la última cena, pudieron acostumbrarse á considerar las cosas desde este punto de vista. Añádase que la idea de renovar la Cena pudo ser sugerida á los primeros cristianos sin prescripción alguna de Jesús, por la simple analogía de la pascua judía, y más aún por la de las cenas sagradas de los esenios, que se reunían cada siete días y de un modo especialmente solemne cada siete semanas. La única diferencia es que en lugar del agua usada por los esenios, los cristianos empleabañ el vino, según el rito pascual de los judios.

De la escena del monte de las Olivas, que los evangelistas colocan inmediatamente después de la última cena (Matheus, XXVI, 30; Marc., XIV, 21; Luc., XXII, 39; Johan., XVIII, 1), se puede considerar como histórico el hecho del prendimiento de Jesús, verificado por los esbirros del sinedrio judío, conducidos por un discípulo infiel y sin serio intento de resistencia. Por el contrario, la escena que precede al prendimiento en los sinópticos, la lucha interior de Jesús, el triple apóstrofe á los discípulos que se lee en San Mateo y en San Marcos, el ángel y el sudor de sangre añadido por San Lucas, son, evidentemente, rasgos en gran parte míticos. Aun no tomando del relato más que sus rasgos generales, no se puede comprender la extrema angustia, de la que Jesús no habría triunfado sino por el más violento esfuerzo sobre sí mismo, á no admitir que tuviera un conocimiento seguro y preciso de lo que le esperaba. Y esto es lo que sería difícil suponer, porque la presciencia de que hablan los evangelistas tiene un carácter sobrenatural que no es admisible en manera alguna. Una simple previsión humana no hubiera sido necesaria, indudablemente, para producir semejante turbación hasta el momento de la catástrofe. Lo posible es que en estas horas supremas Jesús, cada vez más asediado por el presentimiento de un final trágico, tuviera el alma obscurecida por los terrores de este pensamiento y hubiera tenido necesidad de apelar á toda su energía moral y absorberse en la conciencia de su misión y en el sentimiento del amor pa-

ternal de Dios para permanecer dueño de sí mismo y conservar su resignación piadosa y completa frente al peligro extremo.

En el relato del interrogatorio y de la condena, todos los evangelistas (1) están conformes en decir que Jesús fué, desde luego, interrogado y reconocido culpable por las autoridades judías, después llevado ante el Gobernador romano, que debía ratificar la sentencia y asegurar la ejecución; que éste último dudó en reconocer tal culpabilidad, que hizo tentativas para salvar á Jesús, pero que acabó por ceder á las violentas instancias de los judíos y por dar la orden de ejecutar el suplicio. En los dos primeros evangelistas, el crimen imputado á Jesús ante el tribunal judío, y formulado bajo el velo de un falso testimonio, es el de haber querido destruir el templo y edificarlo de nuevo en tres días. Esto significa, según hemos tenido ocasión de decirlo, que Jesús era acusado de conjura contra la organización religiosa existente, acusación falsa, en cuanto que le atribuía la intención de emplear la violencia, pero fundada cuanto al objeto final que se había propuesto. Después se le pregunta si pretende realmente ser el Mesías, y responde afirmativamente, refiriéndose á la Sagrada Escritura (Salmo CX; Daniel, VII); su respuesta es declarada blasfema y digna de la muerte. Ante el pretor romano, las autoridades judías, según todos los evangelistas, aprovecharon el lado político, la realeza judáica implicada en la idea del Mesías, para imputar á Jesús haber querido sublevar al pueblo contra la dominación romana, expediente que les resulta al cabo favorable no sin dificultad, pues Pilatos no llegaba á encontrar en Jesús las señales de un conspirador político. Nada tiene de inverosímil todo esto, aunque los evangelistas hayan puesto, sin duda alguna, demasiada fuerza en la resistencia de Pilatos, para hacer más sensible la inocencia de Jesús y la perversidad obstinada de los judíos.

Igualmente, en el relato de la crucifixión (Math., XXVII, 31; Marc., XV, 20; Luc., XXIII, 25; Juan, XVIII, 16), pasaremos por alto todos los rasgos que tienen por objeto hacer que la naturaleza, la humanidad, el velo del templo y las Escrituras, den testimonio de la inocencia del crucificado y de la perversidad de sus verdugos. Únicamente nos atendremos al

(1) Math., XXVI, 57—XXVII, 31; Marc., XIV, 53—XV, 20; Lucas, XXII, 54—XXIII, 25; Johan., XVIII, 12—XIX, 16.

hecho de que Jesús fué clavado en la cruz y que fué quitado de ella cuando pareció á todos que había muerto. Para la cuestión de la realidad de la muerte, lo que sobre todo importa es saber cuánto tiempo quedó Jesús en la cruz antes y después del momento en que pareció exhalar el último suspiro. La crucifixión no ocasionaba más que una débil pérdida de sangre por las heridas de los clavos y no producía una muerte rápida; precisamente su lentitud en matar hacía más atroz este suplicio. Por consiguiente, la muerte era tanto más cierta cuanto mayor tiempo el reo había vivido sobre la cruz y luego permanecido en ella después de la aparente conclusión de la vida; por el contrario, si prontamente dejaba de dar señales de vivir y hubiera sido desclavado al instante, pudiera no haber perdido más que el conocimiento y así era fácil devolverle á la vida. Según San Mateo (XXVII, 45 y San Lucas XXIII, 44), Jesús habría vivido poco más de tres horas. En efecto, después de haber hablado de varios incidentes que ocurrieron después de la crucifixión, mencionan un eclipse acaecido á la hora sexta, es decir, al mediodía, y que duró hasta la de nona ó tres horas nuestras después del mediodía, momento que asignan á la muerte. Según San Marcos (XV, 25), Jesús, crucificado á la hora de tercia, las nueve nuestras de la mañana, habría vivido seis horas. En el cuarto Evangelio (XVIII, 28), Pilatos pronuncia la sentencia cerca de la hora de sexta, es decir, á la misma hora en que, según los sinópticos, el sol comenzaba á eclipsarse durante el suplicio; la marcha al lugar de la ejecución y ésta misma debieron exigir necesariamente cierto tiempo en realizarse; después, antes de comenzar el siguiente día y por lo tanto, antes del cómputo judío, el mismo día, antes de las seis de la tarde, José de Arimetea pide y obtiene de Pilatos permiso para desclavar el cadáver de Jesús, como en efecto lo hace; estos cálculos no arrojan más que dos ó tres horas para el tiempo que Jesús vivió sobre la cruz, y probablemente aún menos para el que aún permaneció después de muerto.

Según San Marcos (XV, 44), Pilatos mismo había testimoniado cierta admiración por la pronta muerte de Jesús, pero habría sido perfectamente convencido por conducto del centurión de servicio. Según San Juan (XIX, 31), á petición de los judíos, habría enviado soldados para romper las piernas á los tres crucificados, á fin de que su muerte quedara certificada y

que se les pudiera quitar de allí antes que comenzara el día festivo del sábado; pero los soldados habrían encontrado á Jesús ya muerto, y uno de ellos se habría limitado á darle un lanzazo en el costado, del que habría salido mezcla de agua y sangre. Se ha querido ver en esta herida la prueba más segura de la muerte de Jesús; pero además de que el derrame que debió haber ocasionado es imposible, no lo menciona más que el Evangelio de San Juan y figura en un embrollo tan grande de tipología mística, que no puede reconocérsele valor alguno histórico. La verdadera prueba de la muerte de Jesús, que no proporciona ciertamente los detalles del suplicio, es la ausencia de todo testimonio suficiente para asegurar una vuelta á la vida: si deben ser tenidos por muertos aquellos de quienes ningún indicio histórico manifiesta una ulterior existencia, la muerte de Jesús en la cruz fué una realidad.

Una cuestión frecuentemente tratada, pero que no se refiere directamente á la realidad de la muerte, es la de saber si se agujereaba á los crucificados solamente las manos ó también los pies. Esto último no excluiría la hipótesis de un síncope, dado que el horadamiento de los pies no determina más que el de las manos, una hemorragia mortal. Pero seguro lo es que si Jesús hubiera tenido los pies tan grave y dolorosamente heridos, hubiera debido renunciar á los viajes que los relatos evangélicos le hacen realizar desde el mismo día de la resurrección, á saber: del sepulcro á Jerusalén, de aquí á Emmaus, que distaba de Jerusalén tres leguas, y poco después de esta ciudad á Galilea. Así los teólogos que quieren presentarnos la resurrección de Jesús como una simple salida de un síncope, es decir, los racionalistas de calidad, no solamente los francos, sino los tímidos y disimulados, tienen vivo interés en la cuestión y están comprometidos á sostener que sólo fueron perforadas por los clavos las manos de Jesús (1). Para nosotros la solución es indiferente. Entre los evangelistas los dos primeros no ofrecen luz alguna. En San Lucas (XXIV, 39), cuando el resucitado muestra á sus discípulos sus manos y sus pies y para convencerles de su identidad corporal los invita á tocarlos, inclina á

---

(1) Véase la disertación de Paulus: *Dos clavos menos en el féretro del racionalismo*, en el suplemento literario de la *Allgemine Kirchenzeitung*, 1831, número 135, y Schleiermacher en sus Lecciones sobre la vida de Jesús.

suponer llagas visibles en los cuatro miembros; pero San Juan no menciona más que la herida del costado y las cicatrices de los clavos en las dos manos, lo que parece excluir el horadamiento de los pies. Entre los escritores contemporáneos, Josefo, tan frecuente en hablar del suplicio de la cruz, no aclara en su *Historia de la guerra de los judíos* el punto cuestionado aquí. Los padres de la Iglesia que debieran haber visto hombres crucificados, San Justino (1) y Tertuliano (2), admiten el horadado de los cuatro miembros; pero ¿es porque conocieran que fuera costumbre practicarlo ó porque así podían aplicar á Jesús el texto del salmo XXI, 17, «horadaron mis manos y mis pies?» El pasaje de Plauto (3), donde se habla de clavar dos veces las manos y los pies, se interpreta de varios modos; muchos comentaristas ven ahí una agravación del suplicio, no en la cuádruple adición de un clavo suplementario, sino precisamente en horadar los pies y además las manos. Bien pensado todo, parece más verosímil que agujerearan los pies, pero nada puede afirmarse porque faltan las pruebas suficientes.

El embalsamamiento de Jesús en cuanto lo bajaron de la cruz, formaba parte de la tradición cristiana desde los tiempos de San Pablo (1, Cor., XV, 4) y no suscita objeción alguna histórica. La costumbre romana era dejar á los crucificados en el suplicio hasta que el viento, las aves de rapiña y la corrupción los destruyeran; la costumbre judáica era quitarlos antes de la noche y enterrarlos en un lugar infame; pero una ley romana concedía los cuerpos á los parientes ó amigos que los reclamaban. Ningún evangelista hace intervenir en esta circunstancia á los discípulos de Jesús; á un amigo más apartado de aquél que ellos, al opulento consejero José de Arimatea, es á quien hacen el honor los Evangelios de cumplir este deber. Por lo demás, sus relatos de la sepultura de Jesús ofrecen variantes que suscitan dudas, y así mismo el rasgo particular de San Mateo referente á la custodia del cuerpo después de colocado en el sepulcro.

D. F. STRAUSS

---

(1) *Dial., contr. Tryph.*, 97.
(2) *Adv. Marcion.*, III, 19.
(3) *Mostellaria*, II, 1, 13.

MUERTE DE JESÚS

Aunque el verdadero motivo de la muerte de Jesús fué completamente religioso, sus enemigos habían conseguido presentarle en el Pretorio como culpable de crimen de Estado; de otro modo, esto es, por crimen de heterodoxia, no hubieran obtenido del escéptico Pilatos la sanción de la condena.

Consecuentes con esta idea, los sacerdotes, valiéndose de la muchedumbre, pidieron que se le aplicase á Jesús el suplicio de la cruz. Ese suplicio no era de origen judío; si la condenación de Jesús hubiera sido puramente mosaica, se le habría aplicado la lapidación. La cruz era un suplicio romano que se observaba para los esclavos, y del cual se hacía uso cuando se pretendía agravar la pena de muerte añadiéndole la ignominia. Al aplicarla á Jesús, se le trataba, ni más ni menos, como á un salteador de caminos, como á un facineroso, ó como á esos enemigos de baja estofa á quienes no concedían los romanos el honor de morir bajo la cuchilla. Así, pues, se castigaba no al dogma heterodoxo, sino la quimera de «rey de los judíos». Sabido es que entre los romanos, los soldados, cuyo oficio era matar, hacían las veces de verdugo. Jesús fué entregado á una cohorte de soldados auxiliares, y se desplegó para su ejecución todo el odioso aparato de las crueles costumbres introducidas por los nuevos conquistadores.

Eran las doce del día próximamente. Volvieron á ponerle los vestidos que le habían quitado para el simulacro de la tribuna, y teniendo la cohorte dispuestos á dos ladrones, que también debían ejecutar, reunieron los tres condenados, y la comitiva se puso en marcha hacia el lugar del suplicio.

Aquel lugar era un sitio llamado *Gólgota*, situado fuera de Jerusalén, aunque no muy lejos de sus muros. El nombre de *Gólgota* significa *cráneo*, corresponde al parecer á nuestra palabra *Chaumont*, y probablemente designaba una colina escueta

que tenía la forma de un cráneo calvo. No se sabe con exactitud el sitio donde se hallaba aquella colina; pero es indudable que estaba al norte ó al nordeste de la ciudad en la elevada y desigual meseta que se extiende entre los muros y los valles de Cedrón é Hinnom, zona bastante vulgar y que aun hoy día conserva un aspecto triste á causa de los repugnantes detalles que le presta su vecindad con una gran población.

Difícil es colocar el Gólgota en el sitio preciso en que, á partir de Constantino, le ha venerado la cristiandad entera. Ese sitio ocupa un lugar demasiado céntrico en la ciudad, y es de suponer que en la época de Jesús se hallase comprendido en el recinto de la muralla.

El condenado debía llevar sobre sus hombros el instrumento de su suplicio. Pero Jesús, teniendo una constitución física más débil que sus dos compañeros, no pudo soportar el peso del suyo. La tropa encontró en el camino á un tal Simón de Cirineo, que volvía del campo, y los soldados, con esos brutales procederes de las guarniciones extranjeras, le obligaron á llevar el árbol fatal. Al obrar de ese modo, quizás usaban de un derecho reconocido, puesto que estaba prohibido á los romanos cargar ellos mismos el madero infame.

Simón perteneció después, según parece, á la comunidad cristiana, en la cual eran muy conocidos sus dos hijos Alejandro y Rufo. Tal vez refirió luego, como testigo ocular, más de una circunstancia relativa á aquellos últimos instantes. Ninguno de los discípulos se hallaban en aquel momento cerca de Jesús. El lúgubre cortejo llegó en fin, al sitio de las ejecuciones. Con arreglo á la costumbre judía, inspirada por un sentimiento de piedad, se daba á beber á los pacientes, á fin de aturdirles, una bebida embriagadora compuesta de cierto vino fuertemente aromatizado.

Parece ser que las mismas señoras de Jerusalén llevaban á los infelices que conducían al suplicio aquel vino de gracia; cuando ninguna de ellas lo ofrecía, se compraba con los fondos del Erario público. Jesús, después de haber acercado el vaso á sus labios, rehusó beber aquel brebaje. Ese triste alivio de los condenados no se avenía con su elevada naturaleza: prefirió abandonar la vida en toda la plenitud de su razón y esperar con la conciencia lúcida y serena la muerte que con tanto heroismo había provocado.

Entonces le despojaron de sus vestidos y le ataron á la cruz, la cual se componía de dos maderos enlazados en forma de T.

La cruz tenía de ordinario tan poca elevación, que á veces los pies del pobre condenado tocaban al suelo. Empezábase por izar y fijar en tierra el madero y en seguida se procedía á suspender al paciente, atravesándole las manos con clavos; los pies se enclavaban también algunas veces; otras, se contentaban con atarlos.

Una especie de tajo de madera, ó más bien de pequeña antena fija hacia el medio del mástil de la cruz, pasaba por entre las piernas del condenado, sirviéndole de punto de apoyo. Sin esto, las manos se habrían desgarrado y venido el cuerpo á tierra. Otras veces, el punto de apoyo consistía en una tableta que se fijaba á la altura de los pies.

Jesús saboreó uno por uno todos los horrores de tan atroz suplicio. Sentíase devorado por una sed abrasadora, que no es el menor de los tormentos de la crucifixión, y pidió de beber.

Estaba cerca de allí una vasija llena de la bebida ordinaria de los soldados romanos, la cual consistía en una mezcla de vinagre y agua llamada *posca*, bebida que los soldados debían llevar consigo en todas las expediciones, en cuyo número entraba también las ejecuciones capitales. Un soldado tomó una esponja, la empapó en aquel brebaje, y, poniéndola en la punta de una caña, se la dió á chupar á Jesús.

Á derecha é izquierda del profeta de Nazareth estaban crucificados los dos ladrones. Los ejecutores, entre cuyas manos se abandonaban los despojos *(pannicularia)* de los ajusticiados, «repartieron entre sí sus vestidos echando suerte, y sentándose al pie de la cruz, le guardaban». Según una tradición, Jesús pronunció las siguientes palabras que, si no salieron de sus labios, estuvieron en su corazón: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.»

Con arreglo á la costumbre romana, se colocó un rótulo en lo alto de la cruz, con esta frase escrita en tres idiomas, hebreo. griego y latín: EL REY DE LOS JUDÍOS. Semejante redacción constituía una angustiosa injuria dirigida al pueblo. Muchas personas de las que por allí pasaban se resistieron á leerla, y los sacerdotes hicieron observar á Pilatos que debía escribirse el letrero de modo que explicase que Jesús había pretendido ser rey de los judíos. Pero el procurador, aburrido ya de aquel

asunto, se negó á complacerlos, contestando que lo escrito, escrito se quedaba.

Los discípulos de Jesús habían huído. Sin embargo, Juan declara haber permanecido constantemente al pie de la cruz. Con mayor certidumbre puede afirmarse que las que le acompañaron al Calvario sin abandonarle, fueron las fieles amigas de Galilea que le habían seguido á Jerusalén. María Cleophas, María de Magdalena, Juana, mujer de Kuza, Salomé y algunas otras mujeres permanecían á cierta distancia sin perderle de vista. De creer á Juan, María, madre de Jesús, estaba también al pie de la cruz, y al ver el moribundo á su madre y á su discípulo querido, dijo á éste: «He ahí á tu madre,» y á aquélla: «He ahí á tu hijo.» Pero no se comprende cómo los sinópticos, que en su relato mencionan á las otras mujeres, hubiesen hecho caso omiso de María, cuya presencia era un rasgo tan interesante. Hasta la suprema elevación del carácter de Jesús hace también inverosímil semejante enternecimiento personal en el momento en que, preocupado únicamente de su obra, no existía ya sino para la humanidad.

A excepción de aquel reducido grupo de mujeres que desde lejos le consolaban con sus miradas, Jesús no veía en torno suyo sino el espectáculo de la bajeza ó de la estupidez humana. Insultábanle los que por allí pasaban y oía á su alrededor necios sarcasmos que convertían sus gritos de supremo dolor en odiosos juegos de palabras: «¡Ahí está el que se llamaba Hijo de Dios!—decían—, ¡que su Padre venga ahora á librarle!—A otros ha salvado y no puede salvarse á sí mismo.—Si es el rey de Israel, baje ahora de la cruz y creeremos en él.—¡Hola!—añadían—, tú que derribas el templo de Dios y en tres días le reedificas, sálvate á ti mismo—, ¡si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz!» Algunos, poco al corriente de sus ideas apocalípticas, creyeron oirle llamar á Elías, y dijeron: «Veamos si viene Elías á librarle.» Parece que los dos ladrones crucificados en su compañía le insultaban también.

El cielo estaba sombrío, y la tierra tenía, como todos los alrededores de Jerusalén, un aspecto árido y triste. Según lo que ciertos relatos refieren, el corazón de Jesús desfalleció por un momento; ocultóle una nube la faz de su Padre, y entonces tuvo una agonía de desesperación mil veces más acerba que todos los tormentos. No vió sino la ingratitud de los hombres y, arre-

pintiéndose quizás de sufrir por una raza abyecta, exclamó: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado?» Pero su instinto divino volvió aún á recobrar su imperio. A medida que el hálito vital se extinguía, su alma se serenaba y volvía otra vez á su celeste origen. Experimentó de nuevo el sentimiento de su misión, vió en su muerte la salvación del mundo, desapareció de su vista el repugnante espectáculo que se desarrollaba á sus pies y, profundamente unido á su Padre, empezó en el patíbulo la vida divina que por siglos iba á gozar en el corazón de la humanidad.

En el suplicio de la cruz, la particularidad más horrible era que la víctima podía vivir tres ó cuatro días en aquel estado espantoso, enclavado sobre aquel escabel de dolor. La hemorragia de las manos cesaba pronto y no era mortal. La verdadera causa de la muerte consistía en la posición violenta del cuerpo, la cual ocasionaba un completo desarreglo en la circulación de la sangre, terribles dolores de cabeza y de corazón y, por último, la rigidez de los miembros.

Los crucificados de complexión robusta no morían sino de hambre. La idea capital de aquel suplicio cruel no era matar directamente al condenado por medio de lesiones determinadas, sino exponer al esclavo enclavándole por las manos, de que no supo hacer buen uso, y dejarle abandonado hasta que se pudriera sobre el madero. La organización delicada de Jesús le preservó de esa lenta agonía. Todo induce á creer que la ruptura de un vaso del corazón le produjo al cabo de tres horas una muerte repentina. Algunos momentos antes de espirar su voz era todavía vigorosa. De pronto, lanzó un terrible grito, en el que algunos creyeron oir: «¡Oh, Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!» y otros, más preocupados por el cumplimiento de las profecías, supusieron que dijo: «¡Todo está consumado!» Su cabeza se inclinó sobre el pecho, y exhaló el último suspiro.

¡Reposa en tu gloria, noble iniciador de la más sublime doctrina! Tu obra se halla concluída; tu divinidad queda fundada. No temas ya que una falta venga á echar por tierra el edificio á tus esfuerzos. Lejos del alcance de la fragilidad humana, en adelante asistirás desde el seno de la paz divina á las infinitas consecuencias de sus actos. A costa de algunas horas de sufrimiento, que ni siquiera pudieron abatir la grandeza de tu alma,

has conseguido la más completa inmortalidad. ¡Tu nombre, gloria y orgullo del mundo, va á exaltarle durante millares de años! Lábaro de nuestras contradicciones, tú serás la bandera á cuyo alrededor se librará la más ardiente de todas las batallas. Y mil veces más vivo, más amado después de tu muerte que mientras cruzaste por este valle de lágrimas, llegarás á ser de tal modo la piedra angular de la humanidad, que borrar tu nombre de los anales del mundo sería conmoverle hasta en sus cimientos. Entre Dios y tú ya no se hará distinción ninguna. ¡Toma, pues, posesión de tu reino, sublime vencedor de la muerte, de ese reino á donde te seguirán, por la ancha vía que trazaste, siglos de adoradores!

E. RENÁN

DESCUBRIMIENTO DE CAFARNAUM

Si pudiera decirse que Cristo tuvo morada cierta en los tres años impetuosos que siguieron á este memorable acontecimiento, esa morada no fué otra que Cafarnaum, á la cual llamó «mi verdadera ciudad». Aquí vinieron á vivir, poco tiempo después, su madre y los hermanos de María que residían en Nazareth.

Con el tiempo sobrevino el misterio incomprensible de todas las épocas.

Cafarnaum, la ciudad de piedra, fué destruida—el triste fin que Cristo le había predicho fué cumplido—. Esta ciudad, al desaparecer, no dejó vestigio alguno al mundo.

Las ruínas de muchas ciudades rodean el mar de Galilea, pues todas ellas fueron arrasadas y sus habitantes pasados á cuchillo durante las guerras que se sucedieron entre los romanos y los judíos, poco después del sacrificio del calvario. La desolación se esparció alrededor de estos lugares. Cafarnaum, Betsaida y muchas otras ciudades de la época de Jesucristo permanecieron sepultadas durante siglos, sin ser disturbadas sus ruínas, que sirvieron de tumba á millares de víctimas.

Durante los últimos años, los hombres de ciencia y los arqueólogos han tratado de ventilar la cuestión de Cafarnaum. De vez en cuando se han descubierto ruinas de ciudades que pare-

cían haber pertenecido á este sitio memorable, pero ha imperado la duda y se ha desechado tal suposición. Sin embargo, dos grupos de ruínas, á tres millas de distancia uno de otro y situados á la margen noroeste del lago Genesaret, se cree pertenecen probablemente á restos de la ciudad de Cristo.

Y ahora entra la parte más importante de este relato, que no dejará de interesar al mundo cristiano.

La ciudad de Cafarnaum ha sido descubierta. La blanca sinagoga de mármol ha salido á luz, y los rayos ardientes del sol, que iluminan las bellezas naturales del lago, destacándose como «un ópalo ensartado en una esmeralda» entre sus márgenes elevadas, exactamente como cuando Cristo le vió por primera vez desde el pórtico de la sinagoga de mármol, bañan una vez más con sus rayos luminosos los muros de este sagrado é histórico edificio. La blanca sinagoga está en un estado lastimoso, pero sus ruínas no dejan de interesar al mundo con un interés más vivo que el que puedan ocasionar cualesquiera otras ruínas sobre la superficie de la tierra, pues además de su valor intrínseco como restos de un monumento que existió en siglos pasados, encierran en sí los recuerdos del Hombre-Dios, Redentor de la humanidad.

No cabe la menor duda que las obras de excavación que se están ahora llevando á cabo en los terrenos conocidos bajo el nombre de Tell Hum, sobre un pequeño promontorio que se extiende hasta el mar de Galilea por su margen norte, han descubierto los restos de la ciudad de Cafarnaum, y un gran montón de ruínas, descubiertas hace algún tiempo en esta localidad, se sabe positivamente que pertenecen á la sinagoga. Las ruínas del sagrado edificio están situadas sobre una pequeña elevación del terreno frente á las aguas del lago. Por detrás, en un sitio donde el terreno es aún más elevado, se han descubierto montes que contienen fragmentos de basalto negro, esparcidos en gran confusión y que denotan haber pertenecido á las paredes de edificios. Muchos de estos montes dejan ver los cimientos de muchas casas.

Acaba de construirse un ferrocarril que parte desde la costa del mar al lago Genesaret, ferrocarril que empezó á circular sus trenes en Octubre del año pasado; casi simultáneamente con la inauguración de este ferrocarril, se dió comienzo á la exploración de las ruínas de Cafarnaum.

El desmantelado edificio de la sinagoga está dividido en dos grandes salas. Sus murallas exteriores miden diez pies de espesor, y al costado sur hay tres puertas, una de ellas—la más ancha—con el dintel adornado de lujosas esculturas. Las puertas conducen á un gran salón dividido en cinco naves, cada una con hileras de inmensas columnas de estilo corintio, cuyas bases se conservan aún en pie. Entre los escombros pueden verse columnas rotas y bellos capiteles, mostrando éstos restos de las vigas de madera que sostenían el techo.

Entre los escombros que se han sacado de las ruínas del edificio y de los alrededores se han hallado gran cantidad de decorados arquitectónicos, que muestran á las claras el origen judáico de estas estructuras.

El umbral de la sinagoga se ha descubierto por completo. El piso de la entrada del pórtico, sobre el cual en aquella época nuestro Salvador puso sus plantas, conserva aún la posición primitiva que tenía aquel Sábado en que dió principio á su ministerio dentro de aquel magnífico recinto. Sobre este umbral pasó el Señor seguido de sus discípulos, algunos de ellos escogidos por él en distintas ocasiones en la misma ciudad de Cafarnaum. Sobre el piso, aún casi intacto, en el interior del edificio, estuvo parado el Hombre Divino y pronunció palabras como ningún otro hombre las había pronunciado hasta entonces y ejecutó milagros cuya fama se ha esparcido por el mundo.

Desde el pórtico, al sur de la sinagoga de mármol, se obtiene una espléndida vista del lago sobre cuyas aguas caminó Jesucristo, diciendo á sus aterrados discípulos: «Soy yo, no temáis», donde hizo que se calmase el mar alborotado, y en cuya margen, por no caber la multitud en el templo ávida por escucharle, predicó el sermón y recitó la oración que desde aquel día ha sido repetida por millones y millones de cristianos: «Padre nuestro que estás en los cielos». En las cercanías de Cafarnaum tuvo lugar el milagro de los panes y los peces; en Cafarnaum, sobre este hermoso sitio cubierto de ruínas esculturales, Cristo devolvió la salud á los enfermos y resucitó á los muertos, y después de ser él mismo crucificado y resucitado, se apareció en la antigua morada de sus discípulos predilectos, Pedro y Andrés.

La fama de aquel glorioso día en que Cristo se dió á conocer en la sinagoga se esparció por la Palestina y por la Siria, dando lugar á que al «Hombre de Nazareth» le fuese imposible estar

oculto aun por breves momentos. Los milagros llevados á cabo por Jesús en la ciudad de Cafarnaum son innumerables.

Se dice que la sinagoga de Cafarnaum fué construída por un centurión romano de cuyo nombre no hace mención la historia y que, en la época en que Jesús hizo su aparición en Cafarnaum, se hallaba al mando de la guarnición romana en esta ciudad.

Con el descubrimiento de la ciudad que Jesucristo llamaba su ciudad propia, y con ella los restos de la sinagoga de mármol, no hay la menor duda de que este sitio memorable en el mar de Galilea se convertirá seguramente en la Meca de los peregrinos cristianos de todas partes del mundo. Las piedras de esta sinagoga hacen resonar en la mente de los cristianos un recuerdo más íntimo de la vida y misión de Jesucristo sobre la tierra que el recuerdo de Jerusalén.

* * *

La declaración del Credo.

I

El llamado Símbolo de los Apóstoles y á ellos atribuído es corto, y en él no se encuentra ni podía encontrarse alusión alguna á la Consustanciabilidad, ni á la Trinidad, puntos acordados en Concilios posteriores. Es, además, muy dudosa la existencia de ese Símbolo en razón á que ni en los Evangelios ni en las Actas de los Apóstoles se hace de él referencia.

En la época de San Ireneo se inventó un Credo que en nada se parece al actual, que debe ser del siglo v, por ser posterior al Concilio de Nicea celebrado en 325, y en él quedó formulado el Credo hoy usado.

Existen cosas y entidades invisibles que, sin embargo, se conocen como reales ó ciertas. La fuerza de atracción no se percibe subjetivamente, pero no deja lugar á duda su existencia la caída de los cuerpos abandonados al espacio, la sucesión periódica de las mareas en relación con la posición que ocupen la luna y el sol, etc.

Y lo mismo sucede en el orden moral y en el psíquico: la ley

de progreso es ley cuya existencia efectiva la manifiestan cada uno de los órdenes del Universo, desde los séres microscópicos hasta los soles y los mundos, resultando en la totalidad ó en el sentido más universal é ilimitada, la teoría más saturada de justicia, de amor y de sabiduría infinita, teoría que se eleva á principio cierto y real si analizamos cualesquiera de los órdenes constituyentes de los mundos ó de las sociedades; por tales razones puede llegar á ser la tal ley de progreso artículo de fe racional para el hombre que alcance las dichas condiones.

La creencia en la existencia de un Todo, del que todo emana y del que todo forma parte, en el que todo subsiste eternamente y en el que todo se agita y vive obediente á leyes y fuerzas preconcebidas y tendentes á un objetivo determinado, es también artículo de fe racional.

Ambas creencias ú opiniones se sustentan por efecto del conocimiento adquirido por la contemplación de la Naturaleza y por la observación de hechos que en aquélla ocurren, y los tales hechos y las dichas percepciones forman en nuestra mente el juicio que una vez aceptado por la conciencia se identifica con el ser ávido de saber y conocer. Tal proceso origina toda fe racional que deba formarse.

La fe llamada ciega es aquella que sustenta en el vacío, ó más claro, que no posee apoyo fundamental conocido, ni aun en la intuición; y como ni el vacío absoluto existe, ni hay cosa alguna en el Universo desprovista de fundamento ni de razón, se deduce que la fe ciega sólo puede ser un engendro de la ignorancia ó una enfermedad de los órganos mentales.

Toda fe ciega se refiere á punto ó supuesto declarado por alguna autoridad y sin que nuestra razón ni aun nuestra intuición ratifiquen el supuesto; es más, es esencial á la dicha fe la no conformidad del supuesto con las sanas condiciones racionales, y por ello el calificativo de ciega, por ser negada á toda percepción del hombre; y desde el momento que éste vislumbra algo de su fundamento, deja de ser la fe ciega pasando á ser racional.

La fe ciega es sólo producto de la ignorancia, y lo prueba el que toda fe de los llamados Misterios de las religiones, puede de ciega transformarse en racional, como veremos más adelante.

Conviene aquí recordar la distinción hecha anteriormente entre las dos palabras componentes de la frase Jesucristo; y trataremos ahora acerca de la de Jesús, que es la que entraña menos transcendencia, dejando la de Cristo para analizarla aparte y en su mayor y más universal significación.

La narración de los hechos de la vida del llamado Jesús Nazareno, se encuentra reducida á una leyenda particularísima, sin relación con hecho alguno histórico que nos garantice ó nos haga al menos presumir de su realidad como suceso acaecido. No hay en la historia rastro alguno que acredite la existencia material de Jesús sobre la tierra.

Flavio Josefo, historiador judío más notable, cuyo padre habitó en el tiempo y en el país en el que se supone habitó y murió Jesús, no hace mención de él en su historia de aquel pueblo, y los cuatro renglones que aparecen en las ediciones occidentales, refiriéndose á tal personaje, están reconocidos hasta la saciedad como apócrifos; y lo que más convence de la completa falta de verosimilidad de la dicha leyenda, es el silencio que también guarda Josefo del degüello de los niños decretado por Herodes al tener noticia de haber nacido el Rey de los judíos, á pesar de pretenderse que el número de los degollados ascendió á catorce mil, y ser Josefo historiador que se complace en enumerar todas las maldades cometidas por Herodes; tampoco menciona la estrella que apareció en Oriente cuando nació el Salvador, ni las tinieblas que obscurecieron al mundo en pleno día á la muerte de aquél, ni aun el suceso extraordinario de la resurrección de los muertos, ni el temblor de tierra. Los historiadores griegos y romanos de aquellos tiempos tampoco aparecen sabedores de tan extraordinario suceso.

Pero en cambio si examinamos hechos que refieren las Escrituras buddhistas anteriores á Jesús unos seis siglos, referentes á presagios y señales extraordinarias de la venida al mundo de Buddha y sucesos más singulares ocurridos durante la infancia y mayor edad de éste, nos sorprenderá encontrar tal semejanza con los que los Evangelios refieren de iguales épocas de la vida de Jesús, que no nos dejará objetar nada á los que suponen á lo posterior copia exacta de lo anterior.

Comparemos ambos relatos con acotaciones hechas en los libros, de los que entresacamos las siguientes citas:

Ante todo, expondremos que lo mismo Jesús que Buddha

eran de real prosapia y ambos de madres que, aunque casadas, eran vírgenes.

Un mensajero celeste anuncia el nacimiento del futuro Salvador; Maya (la madre del Buddha) ve en sueño una aparición que dice: «Llena serás de suprema alegría. He aquí parirás un hijo que tendrá las señales místicas de Buddha (el iluminado, el grado más elevado de sabiduría y santidad), que se tornará en sacrificio por los moradores de la tierra, un Salvador que traerá á todos los hombres la alegría y el fruto glorioso de la inmortalidad.»

El ángel dice á María (Lucas, I, 28 á 33): «Salve, muy favorecida; el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres. María, no temas, porque has hallado gracia cerca de Dios. Y he aquí concebirás en tu seno y parirás un hijo y llamarás su nombre Jesús (Salvador). Éste será grande y será llamado hijo del Altísimo y le dará el Señor Dios el Trono de David y su padre, y reinará en la casa de Jacob por siempre, y de su reino no habrá fin.»

Accediendo á la súplica de Maya, el rey Sudoddhama renuncia á sus derechos conyugales hasta que ella haya dado nacimiento á su primogénito.

En Lucas, I-20-21, dice: «Y pensando él (José esposo de María) he aquí el Ángel del Señor le aparece en sueño, diciendo: «José, hijo de David, no temas de recibir á María tu mujer, porque lo que en ella es, engendrado del Espíritu Santo es; y parirá un hijo y llamará su nombre Jesús, porque él salvará á su pueblo de sus pecados.»

Los inmortales del cielo de los Yushitas deciden que Buddha nazca cuando la estrella de las flores aparezca por primera vez en el Este. (Manú, 21-124.)

En Mateo, II-2, dicen los Magos: «Porque su estrella hemos visto en Oriente y venimos á adorarle.»

Una hueste de mensajeros angélicos descienden á anunciar la fausta nueva: «Un héroe glorioso é incomparable ha nacido, un Salvador ha sido dado á todas las naciones de la tierra; un libertador le ha traído paz y alegría á la tierra y al cielo». (Lolus, 102-104. Rgya. 87-97.)

En Lucas, II-9, el ángel del Señor dice á unos pastores: «No temáis, porque he aquí os doy nuevas de gran gozo que será para todo el pueblo; que os ha nacido hoy en la ciudad de Da-

vidun Salvador que es Cristo del Señor, y esto os será por señal.»

Príncipes y sabios bramines se presentan con regalos y adoran al niño Buddha. (Rgya. 97-113.)

En Mateo, II-11, refiriéndose á los Magos que encuentran el lugar que habitaba el niño Jesús, dice: «Y entrando en la casa, vieron al niño con su madre María y postrándose le adoraron; y abriendo sus tesoros, le ofrecieron dones, oro, incienso y mirra.

El bramin Arita, á quien el Espíritu ha revelado el advenimiento de Buddha, desciende de su ermita en Himalaya á ver al niño recién nacido y predicar la venida del Reino de los cielos y la misión de Buddha como Salvador é instructor del mundo. (Sutta Nappatha, III-11.)

En Lucas, II-29, refiriéndose á Simeón, gran Sacerdote, que fué al niño Jesús, dice: «Entonces lo tomó en sus brazos (al niño) y le dijo: «Ahora despide Señor á tu siervo, conforme á tu palabra, en paz, porque han visto mis ojos tu salvación, la cual has aparejado en presencia de todos los pueblos, luz para ser revelada á los gentiles y la gloria á tu pueblo Israel.»

El *Allinis Bramana Sutra* refiere que el Rey de Magada dió instrucciones á uno de sus Ministros para que hiciese una investigación con el fin de averiguar si algún habitante de su reino podría posiblemente llegar á ser suficientemente poderoso para poner en peligro la seguridad de su trono. Entonces se despachan dos espías, uno de los cuales se cerciora del nacimiento de Buddha y aconseja al Rey que tome medidas para el exterminio de su tribu.

En Mateo II-13, se dice: «Y partidos ellos (los Magos), he aquí el ángel del Señor aparece en sueño á José, diciéndole: «Levántate y toma al niño y á su madre y huye á Egipto, y estate allí hasta que yo te lo diga, porque ha de acontecer que Herodes buscará al niño para matarlo.»

Un día los padres de Buddha lo echaron de menos, y después de mucho buscarlo, lo encuentran en una asamblea de santos rishis, que escuchan sus discursos y se maravillan de su entendimiento. (Buddhist Bisth Stories, 74.)

En Lucas, II-45 á 74, dice: «Mas como no le hallaron (á Jesús) volvieron á Jerusalén buscándole. Y aconteció que tres días después le hallaron en el Templo sentado en medio de los doc-

tores, ayéndoles y preguntándoles. Y todos los que le oían se pasmaban de su entendimiento y de sus respuestas.»

Buddha, antes de entrar en su misión, encuentra al bramin Rudraka, gran Predicador que, sin embargo, se le ofrece como discípulo. Algunos de los seguidores de Rudraka se pasan á Buddha, pero lo abandonan cuando descubren que no guarda los ayunos. (Rgya. 178-214.)

Todo lo que puede verse en el Evangelio de Juan, cap. I, referente al Profeta Juan, llamado el Evangelista.

Buddha se retira á la soledad de Uruvilva, y ayuna y hace oración en el desierto hasta que el hambre le obliga á abandonar su aislamiento. (Rgya. 364. Oldemburg's Uhavaga 116.)

En Mateo, IV-1 y 2, dice: «Entonces Jesús fué llevado del Espíritu al Desierto para ser tentado del diablo. Y habiendo ayunado cuarenta días y cuarenta noches, después tuvo hambre.

Después de terminar su ayuno, Buddha se da un baño en el río Nairanjana; al salir del agua purificado, los devas abren las puertas del cielo y lo cubren con un diluvio de fragantísimas flores. (Rgya. 25-9.)

Después de la vuelta de Jesús del Desierto, dice Mateo en III-13: «Entonces Jesús vino de Galilea, á Juan, al Jordán para ser bautizado de él.»

Durante el ayuno de Buddha en el Desierto, Mara, el Príncipe de las tinieblas, se le acerca y lo tienta, brindándole riquezas y glorias terrenas. Buddha desecha su oferta citando parajes de los Vedas. El tentador huye precipitadamente y los ángeles descienden á saludar á Buddha. (Damm Padam, VII-33.)

Según Mateo, IV-8 al 10, pasa el diablo (á Jesús) á un monte muy alto y le muestra todos los reinos del mundo y su gloria, y dícele: «Todo esto te daré si postrado me adorases.» Entonces Jesús le dice: «Vete, Satanás, que escrito está: Al Señor tu Dios adorarás, y á el sólo servirás.»

Buddha antes de nombrar un número mayor de apóstoles, escoge cinco discípulos favoritos, uno de los cuales es luego llamado «el pilar de la fe», y otro el «amigo de pecho» de Buddha (Rappen I).

Cristo, antes de elegir sus doce apóstoles, escoge cinco discípulos principales, entre ellos Pedro, «la roca de la Iglesia» y Juan «el discípulo favorito.»

Entre los discípulos de Buddha hay un Judas, Davadatta,

que traiciona á su Maestro, y encuentra un fin vergonzoso (Birth Stories, pág. 113.)

Las primeras palabras de Jesús son los macarismos (bienaventuranzas), el sermón de la montaña.

Cuando Buddha entra en el ejercicio de su misión, principió así su discurso público: «Celui qui a entendu la loi, celuiqui voit, celui qui se plait dan le solitude, il est hereux.»

Buddha se encuentra dentro de una fuente con una mujer de la casta despreciada de los chandalas. (Bournouf, Dioya, Avadana.)

En San Juan, IV, puede verse el encuentro de Jesús con la Samaritana en la fuente de Jacob.

A la muerte de Buddha, la tierra tiembla, las rocas se abren y aparecen espíritus y fantasmas. (Roppenen I-114; Seidel, 281.)

En Mateo, XVII, 51 á 53 pueden verse iguales fenómenos acaecidos á la muerte de Jesús.

Pudiéramos proseguir presentando citas que nos convencerían de que Buddha también anda sobre el río Ganges, cura á los enfermos con sólo tocarlos, lleva á cabo el milagro de los panes, se transfigura, verifica el prodigio de hacer hablar á personas indoctas lenguas extranjeras; y por último, desciende á los infiernos y predica á los espíritus de los condenados.

Y en cuanto á doctrina nada desmerece la predicada por Buddha, como veremos por los siguientes trozos de los libros sagrados en donde obra la predicada por dicho Apóstol.

Dice así Buddha: «El que obra mal, falto de rectitud, cae en la mayor pobreza á causa de su inercia.

»Su mala reputación se esparce en derredor suyo.

»En cualquier sociedad que entre, entra vergonzante y turbado.

»Está lleno de ansiedad cuando muere.

»Al llegar el momento de la disolución del cuerpo después de la muerte, renace en un estado desgraciado de sufrimientos y penas.

»En cambio, el que obra bien, tiene cinco consecuencias inversas á las anteriores.»

En otro lugar dice: «El cuerpo no es el Yo; la sensación no es el Yo; la percepción no es el Yo... la conciencia no es el Yo.

»Considerando esto, el sabio y noble que oye la palabra, se cansa del cuerpo, se cansa de la sensación, se cansa de la percep-

ción... se cansa de la conciencia. Cansándose de todo esto, se despoja de la pasión; por la carencia de la pasión obtiene su libertad; cuando queda libre llega á conocer que es libre y comprende que el renacimiento se ha extinguido y que la santidad es completa, que el deber se ha comprendido, que no tiene que volver á este mundo.

»Al hombre que necesariamente me injuria, le devolveré la protección de mi amor sin resentimientos; mientras más maldad salga de él, más beneficio saldrá de mí.

»Un hombre malvado que increpa á uno virtuoso, es como aquel que escupe al cielo, su saliva no mancha al cielo, sino que cae sobre su propia persona. Como el que arroja lodo á otro siendo el viento contrario, la suciedad vuelve sobre el que la arrojó.

»Que el hombre domine la cólera por medio del amor, que domine el mal por medio del bien, que se sobreponga al miserable por medio de la liberalidad, al mentiroso por medio de la verdad.

»El hombre debe ser fuerte y tener siempre un objetivo, el ardor es sendero de la inmortalidad; la negligencia es sendero de la muerte. Los que están ansiosos no mueren, los indiferentes están ya como muertos.»

Por otro lado ¿qué originalidad dejan á los Evangelios, los que aducen haber sido todos los actos de Jesús anunciados en el Antiguo Testamento por los Profetas?

Desde el nacimiento de Jesús los mismos Evangelios nos dicen (Mateo I-2): «que fué en cumplimiento de la profecía».

Si nace en Betlem es, según (Mateo, II-5), porque está escrito en los Profetas.

Si huye á Egipto, es porque se cumplan las palabras del Profeta (Mateo, II-14): «Ha llamado á mi hijo fuera de Egipto.»

Si Herodes ordena la matanza de los inocentes, es porque se cumplan las palabras del Profeta Jeremías. (Mateo, II-17).

Si vuelve á Galilea y vive en Nazareth, es porque se cumplan las profecías según las cuales debía llamarse el Nazareno. (Mateo, II-23).

Si Jesús encuentra en su camino á Juan Bautista, es porque el Profeta Isaías lo había predicho. (Mateo, III-3).

Si el diablo tienta á Jesús y si éste vence la tentación, es porque las Escrituras lo han predicho.

Del mismo modo el diálogo entre Satanás y Cristo se funda en las mismas palabras de los libros del Antiguo Testamento. (Mateo, IV-1-10).

Si Jesús va á Cafarnaum, es para cumplir una profecía de Isaías. (Mateo, IV-14).

Si predica que no hagamos á los otros lo que no queramos que nos hagan á nosotros, es porque así está escrito en la Ley y en los Profetas. (Mateo, IV-12).

Si sana á los endemoniados, es en cumplimiento de lo que dijo el Profeta Isaías. (Mateo, VII-17).

Si habla de Juan Bautista, es para decir que es aquel de quien está escrito: «Es Elías que debía venir.» (Mateo, X-1).

Hemos de terminar este punto haciendo constar que no sólo se han declarado apócrifos los testimonios de Josefo sobre la existencia real de Jesús, sino también otros atribuídos á Tácito, Sentonio y Plinio.

Veinticinco ó treinta años antes del nacimiento de Jesús anunció Filon que los Terapeutas tenían libros religiosos, que Eusebio (libro II, Historia & cap. X), confirma que eran los Evangelios; y según San Eusebio, estos Terapéuticos fueron los primitivos cristianos.

En resumen, que puede darse por cierto que la persona de Jesús en los Evangelios es idéntica á la de Krisna y Buddha en la India, Metra en Persia, Oro y Serapis en Egipto, todos los cuales son calificados de Redentores.

A más, puede tomarse en consideración el trozo siguiente que escribe el doctor Everard, traductor de los libros herméticos; dice así: «Yo digo que no hay una sola palabra (de las Escrituras) que sea verdad con arreglo á la letra. Afirmo, sin embargo, que cada palabra, cada letra, son verdaderas. Pero son verdaderas como las entendía aquel que las pronunció, son verdaderas como Dios las entendía, no como los hombres quieren que sean.» (1639).

Como hemos visto, las figuras de Jesús y de Buddha verifican un proceso semejante en los hechos y acusan la misma virtud de facultades, y si la doctrina que proclaman ó revelan fuese semejante ó idéntica, bien pudiéramos suponer que ambas narraciones eran en su fondo una misma, con la variación de detalles impuesta por circunstancias locales, detalles que sólo

afectan á partes superficiales é inestables, pero cuya unidad de esencia aparece tan pronto se entra al análisis del asunto en forma atenta y verídica.

Mucho aprovecha á ambas creencias el aparecer fundidas, y el entendimiento humano ha de sentirse impresionado al notar la universalidad de una doctrina que al perder en su aspecto personal y esclusivo, se agranda y dignifica en su aspecto ideal y en su influjo respecto á la conciencia y á la moral.

¿Qué razones funda la oposición sistemática de los cristianos hacia los budistas, si á más de lo dicho agregamos que los libros sagrados de éstos contienen enseñanzas, por lo menos, tan elevadas y altruistas como las contenidas en los Evangelios?

Buddha dice: «Si un hombre habla ú obra con un mal pensamiento, el dolor le seguirá como la rueda sigue la pata del buey que tira del carro. Si un hombre habla ú obra con pensamiento puro, la dicha le sigue como una sombra que nunca le abandona.

»El que ha hecho en este mundo algún bien, encuentra en este mundo y en el otro la dicha y el gran provecho, es como la semilla que ha arraigado bien. El que ha ejecutado el mal no puede libertarse de él aunque lo haya hecho hace mucho tiempo ó en sitio muy distante; aunque lo haya verificado en la soledad, no puede, sin embargo, desecharlo.

»De los deseos se origina el pesar, del deseo proviene el temor. Aquel que se ve sujeto por los lazos del deseo, le es muy difícil libertarse de ellos.

»El hombre resuelto que no se interesa por los goces de los deseos, los rechaza y pronto parte... Así como el zapatero una vez que ha preparado bien sus pieles puede emplearlas en hacer sus zapatos, así mismo cuando uno ha desechado el deseo, alcanza la dicha más grande.

»Los deseos no se sacian nunca. La sabiduría proporciona la felicidad.

»Ni aun en los placeres de los dioses encuentra satisfacción el discípulo de Buddha perfecto, sólo se goza en la destrucción de los deseos.

»Evita toda mala acción, practica la virtud más perfecta, domina por completo tu mente; esta es la doctrina de Buddha.»

Tal religión es la que profesan el mayor número de creyentes (un tercio de la humanidad). Es, en verdad, la más atractiva de todas é hija del Hinduismo, como la Cristiana procede del

Judaismo. Buddha nació en 623 antes de J. C., y sus dóctrinas se hallan en los tres libros llamados Pitadas ó Cestos.

Veamos ahora los fundamentos de las otras grandes Religiones de la humanidad, á fin de demostrar que todas persiguen en su fondo más esencial y libre de adiciones inspiradas por intereses egoistas y falsarios, un mismo objetivo: el perfeccionamiento del hombre, el desarrollo de su inteligencia y de su espíritu.

El Hinduismo ó religión de la mayor parte de los indios, cuya antigüedad se pierde en lo indefinido del tiempo y que algunos la hacen remontar á ochenta mil años, establece la completa libertad de pensar, pero estrecha grandemente los deberes sociales; un brahmanista puede pensar de Dios lo que quiera, pero no puede tomar alimento impuro ni casarse con mujer de otra raza.

Sus libros fundamentales ó sagrados son siete, á saber: los Brahmánicos, ó sean los Vedas que contienen verdades espirituales, y el llamado Upanishads, complemento del primero.

El nombrado Vidya (conocimiento superior), que trata del conocimiento de Brahman.

El Vedangas (conocimiento inferior), compuesto de 64 ciencias que abarcan el conocimiento de la Naturaleza.

Los cuatro libros restantes llamados: Puranas, Ramayana, Mahâbhârata y Kalidâsa, son exotéricos y describen la naturaleza de las relaciones entre ella y el hombre, y preparan gradualmente á la inteligencia para entrar en el conocimiento de las verdades ocultas y espirituales. En dichos libros y en el Munakopanishad, II-10, está escrito: «Cuando el Brahman se manifiesta, todo se manifiesta según su ejemplo; por su manifestación se hace ese todo manifiesto. Y al manifestarse se sacrifica, cuyo sacrificio consiste en la propia limitación»; oración que entraña la forma de la Creación y la del Sacrificio.

Brahman se manifiesta por la Trinidad, en la que Brahman mismo es el aspecto creador ó mente universal; Vishnú la vida que compenetra y sostiene todas las cosas, y Shiva el destructor, el regenerador.

Maya (María) es la ilusión, todo lo que está sujeto al cambio, todo lo transitorio en oposición á la realidad permanente, la raíz de la materia, aquello que asume la forma y se adapta á los impulsos de la vida que encierra.

Respecto á Brahman, dicen los libros sagrados: «Cuando no existían las tinieblas, ni día, ni noche, ni sér, ni no sér, existía Shiva sólo. El es indestructible. Debe ser adorado Savatri; sólo de él emana la antigua Sabiduría; ni arriba ni abajo, ni tampoco en el medio puede comprendérsele, ni cosa alguna puede asemejársele á aquel cuyo nombre es la gloria infinita. Su forma no se demuestra por medio de la vista; nadie le contempla con los ojos. Aquellos que le conocen con el corazón y la mente fija en el corazón, alcanzan la inmortalidad. Es la causa del Universo, el manifestado.»

El Hinduismo proclama la evolución del Espíritu á través de los estados mineral, vegetal y animal; y el hombre cuya evolución sigue renacimiento tras renacimiento hasta la total liberación por la destrucción de todo deseo.

Las distintas escuelas filosóficas hindas son seis, á saber: dos basadas en la teoría atómica y en la deducción de la razón pura; dos basadas en la dualidad del Universo manifestado, y las dos restantes basadas, á su vez, en que todo en Maya es ilusión y que es el pensamiento de Dios.

La religión Mazdeista posterior al Hinduismo, y cuyo fundador Zoroastro vivió, según Aristóteles, 9500 años antes de J. C., y 20.000 años según otros, tiene por libros sagrados el llamado Yasna y el Visparad, que ocupan el lugar de los Vedas en el Hinduismo.

Á la cabeza del Universo manifestado está Ahûra-Mazdao (Señor de la Sabiduría). Modernamente se le llama Hormurd ó Hormard. En las escrituras dice Él mismo: «Yo soy el Protector, soy el Creador, soy el Alimentador, soy el Sapiente, soy el más Santo de los cielos. Mi nombre es el dador de salud. Mi nombre el Dios. Mi nombre el Uno grande y sabio. Mi nombre es el Puro. Me llamo el Majestuoso... el Vidente. Me llamo el Vigilante... el Anunciador.»

Zoroastro enseña la antigua doctrina de la Existencia Una, no manifestada, de la cual surgió la manifestada por el Sacrificio ó la limitación, formando de este modo Hormuzd, el Rey de la Vida, el Primogénito en el tiempo sin límites.

Del círculo de tiempo sin límites proceden dos principios: el bien y el mal; espíritu y materia; realidad y no realidad; luz y tiniebla; construcción y destrucción, los dos polos entre los cuales se teje el Universo.

El hombre debe elegir por uno de ellos, por el Bien ó el Mal, por la Realidad ó la no Realidad, por el Espíritu ó por la Materia.

Pero el Bien y el Mal son espíritus gemelos, pues si el uno subsiste en todo, el otro destruye para el perfeccionamiento, y los dos son dignos de admiración.

La Trinidad Mazdeista se compone de Ahûra-Mazdao, de la segunda Persona que es la dualidad dicha, y de la tercera ó Sabiduría que construye el Mundo llamado Armanti, Trinidad de la que resulta reflejo fiel la Trinidad Cristiana, ó sea el padre del que todo procede, el Hijo con sus dos naturalezas, espiritual y material, ó divina y humana, y el Espíritu Santo ó Sabiduría Infinita.

Tienen después las generaciones de Angeles ó Inteligencias celestes, conducidas por siete grandes espíritus, que son: La Buena Mente, la Mejor Santidad, Poder, Amor, Salud, Inmortalidad y Juego.

El hombre debe decidirse por el bien, y tender á purificarlo todo; debe purificar la tierra cultivándola, debe conservar puro el aire, el agua, etc.; así que cuando cae un cadáver en un río le apartan de él; el axioma de la Religión es: «Pensamientos puros, palabras puras y obras puras», y esta otra: «La pureza es el mejor de los bienes.»

La constitución humana la dividen en siete principios, al igual que los hinduistas y buddhistas y conforme veremos en otro lugar.

Después de la muerte, el Espíritu pasa á un mundo intermedio, llegando el del justo al cielo y el del malvado no puede cruzar el puente, y cae al fuego.

Finalmente, aunque el Mahometismo no lo consideremos incluído en el número de las grandes Religiones, extractaremos sus creencias fundamentales.

El Coran ó libro emanado de Dios por conducto del ángel Gabriel, establece como dogma: la unidad de Dios por el que vivimos y morimos, la inmortalidad del alma, las recompensas eternas de los justos y el castigo de los perversos; también impone los preceptos siguientes: «se debe ser justo y valiente, debe darse limosna á los padres, no excederse en el número de mujeres que se adoptan, renunciar al vino de Engaddi y de Tadinor y rezar á Dios cinco veces al día.»

Los mahometanos, según precepto religioso, no pueden comer ni beber desde las cuatro horas de la madrugada hasta las diez de la noche durante el mes de Julio, y cuando la cuaresma llegue en esa época, tampoco les permite jugar al azar; les impone las peregrinaciones por desiertos ardientes y á dar á los pobres lo menos el 2 por 100 de la renta que poseen.

Ante tal plantel de creencias, tan homogéneas en sus fondos y tan semejantes en sus objetivos, cabe la duda en la elección, pero también cabe que pueda sugerir el pensamiento de la unidad de procedencia de todas ellas, asemejándose á riachuelos que se desprenden de un cauce común y más caudalaso, como delta que forma un río á sus proximidades al lugar del desagüe.

Y en efecto; ya nos tocará tratar de ese río de tan hondo lecho y abundante corriente, que no se agota por mucho que sean los ramales que de él se surtan. Tan rico manantial se nombra la Religión de la Saburia, que es tan antigua como el Universo y como el Infinito. Cualquier creencia nos conduce á ella como cualesquiera de los ramales secundarios nos guía para entrar en el río madre.

J. ROJIDO MOREIRA

LA TELEPATÍA

(Lo que dice la ciencia.)

La palabra Telepatía, que significa *acción de sentir ó percibir á distancia*, ha venido á ser de uso corriente en estos últimos tiempos para designar cierto orden de hechos que se han estudiado, sobre todo en Inglaterra y América, principalmente por la «Sociedad de Indagaciones psíquicas» (*Society for Psychical Research*), que tiene grandes afinidades con otros hechos más antiguamente conocidos bajo los nombres de *presentimiento, doble vista, sugestión mental* y *transmisión del pensamiento*.

Se podría, en verdad, comprender una y otra en el mismo grupo y generalizar el sentido de la palabra Telepatía para designar así á todo el grupo. Designaría así toda suerte de fenómenos en que un ser humano presta á distancia, y sin auxilio de los sentidos ordinarios, los deseos ó el pensamiento de una per-

sona, los sucesos que se efectúan en lugares más ó menos apartados ó los hechos que están por acaecer ó han acaecido hace ya tiempo.

El uso, sin embargo, parece dar un sentido más restringido y preciso á la palabra Telepatía y por eso hemos propuesto dar nombre de *telepsiquicos* al conjunto de esos fenómenos.

Pertenecerán así á la Telepatía todos los casos en los que un individuo A, percibe lo que le ocurre á un individuo B del que se encuentra más ó menos separado.

He aquí un ejemplo característico de telepatía cuyo relato ha sido hecho por Agrippa d'Antigné:

«El rey estaba en Avignon el 23 de Diciembre de 1574, cuando murió Carlos, Cardenal de Lorraine. La reina (Carolina de Médices), se acostó antes de su hora de costumbre, teniendo cerca del lecho entre otras personas notables al rey de Navarra, el arzobispo de Lyon, las señoras de Retz, de Lignerolles y de Sauves, las cuales han confirmado este relato. Como deseaba dormir, se arrojó sobre la almohada, puso las manos sobre la cara, pero de pronto dió un violento grito pidiendo socorro á los que asistían, mostrando cerca del lecho al cardenal que le tendía la mano. La reina gritó varias veces: «Monseñor, no puedo ayudaros.» El rey de Navarra envió al mismo tiempo á uno de sus mayordomos al cuarto del cardenal, que regresó con la nueva de que acaba de expirar.»

El estudio de los casos de Telepatía se ha perseguido, sobre todo en nuestro tiempo, en Inglaterra y en América del Norte por una sociedad que cuenta en ambos países, sobre todo en el primero, con un gran número de representantes, y á la que se da el nombre de «Sociedad para las indagaciones psíquicas» (*Society for Psychical Research*). Los resultados de ese estudio han sido consignados en el libro de Gurney, Myers y Podmore, titulado, *Phantasms of the Living* (Los fantasmas de los vivos), traducido al francés y arreglado por Mavillier bajo el título de *Hallucinations telepathiques*. En Francia, la revista del Dr. Daviex, *Los Annales des Sciences psychiques*, ha reunido un gran número de hechos de la misma naturaleza. La principal preocupación de los que han emprendido este estudio ha sido reunir los relatos y testimonios del mayor número posible de garantías de autenticidad.

De ese conjunto de cosas, de casos, la impresión, si no la con-

vicción, de que puede haber una especie de comunicación inexplicable por las condiciones ordinarias, entre dos individuos separados por distancias á veces considerables.

* * *

Las circunstancias de la Telepatía son, desde luego, muy variables.

Así el fenómeno se produce, lo mismo en el sueño, que en estado de vigilia. En el primer caso afecta la forma de un sueño, en el segundo aseméjase más bien á una visión. Unas veces el vidente parece transportado en pensamiento fuera del lugar donde se encuentra para asistir á la escena que se desarrolla en otra parte; otras, la persona que es objeto de su visión parece que se aparece en el lugar donde está, de suerte que se cree desde luego no sufrir una alucinación, sino tener delante un sér real.

Hay, además, muchas clases de grados en la precisión y exactitud de esa percepción ó representación anormal.

A veces el hecho se reduce á la evocación espontánea ó repentina de una idea, la idea de un pariente ó de un amigo en quien no hay alguna para pensar en aquel momento, acompañando al caso un trastorno físico ó mental más ó menos característico. Evidentemente existe una gran analogía entre esa telepatía rudimentaria y lo que se llama *presentimiento*.

Otras veces es un suceso real, pero inesperado y en apariencia inexplicable, que se produce de golpe y que parece ser la noticia ó el símbolo telepático de una muerte, de un accidente, como por ejemplo, los crujidos insólitos, los golpes en la pared, un vaso que se quiebra, un cuadro que se cae, etc.

Con frecuencia en la imagen de una persona que se presenta de pronto y desaparece, sin pronunciar una palabra, después de mirar al vidente.

En otros casos, el aparecido pronuncia palabras, pide socorro, se lamenta, hace advertencias, etc.

En fin, en los casos de telepatía más notables todo ocurre como si el vidente asistiera desde lejos á la escena que se desarrolla, en efecto, en el mismo instante, en un sitio apartadísimo, á veces en el otro hemisferio.

* * *

Semejantes hechos promueven en el ánimo de quien oye referirlos un gran número de problemas á los que no es fácil responder. Ante todo, ¿qué fe debe tenerse en el testimonio de las gentes que los refieren?

Muchas de ellas no los conocen sino de segunda ó de tercera mano; con frecuencia un largo intervalo ha transcurrido desde el momento en que acaeció el hecho y por lo tanto la imaginación ha podido trabajar á su antojo para llenar las lagunas de la memoria.

Sin embargo, teniendo en cuenta esas objeciones, queda un gran número de casos auténticos que se pueden separar de todos los testimonios indignos de crédito.

Otro problema que surge es éste: ¿Hay verdaderamente una relación de causalidad entre la visión telepática y el suceso que ha sido objeto de la misma? ¿Se trata acaso de una mera coincidencia?

Supongamos, en efecto, que la visión telepática sea una alucinación que se encuentra concorde por azar con un suceso real: se notará en razón de esa concordancia, mientras que no se concederá ninguna importancia á una alucinación que parezca responder á nada real, objetivo.

Se trata, pues, de saber si no se producen en el conjunto de la humanidad todas las suertes de alucinaciones entre los que se cuentan algunos de ellos, en número muy pequeño, que coinciden fortuitamente con realidades.

Para la resolución de este problema, la «Sociedad de indagaciones psíquicas» ha hecho una información sobre las alucinaciones en general.

No entraremos en los detalles de la estadística, donde se expresan los resultados, y á los que es forzoso aplicar el cálculo de probabilidades.

Diremos únicamente que ha convenido en la probabilidad de una relación de causa á efecto entre la alucinación telepática y el suceso conocido por esa alucinación. Si la concordancia entre una y otra se detiene al azar, la proposición sería de $^1/_{900}$, mientras que es de $^1/_{45}$.

* * *

Admitiendo esta conclusión ¿cómo representarse el mecanismo mediante el cual la Telepatía se produce?

No podemos hacer sobre el particular más que hipótesis; y esas hipótesis consisten, en suma, en asimilar más ó menos completamente la Telepatía, ya á los fenómenos de sugestión mental y de acción á distancia, ya á los fenómenos de clarividencia y lucidez que los antiguos magnetizadores pretenden haber comprobado.

Si tomamos el nombre genérico de *telepsiquia* para designar el conjunto de esos fenómenos, distinguiremos una *telepsiquia activa* en la que el papel principal pertenece al operador, al que impone su voluntad ó transmite su pensamiento, siendo el sujeto un simple receptor; y una *telepsiquia pasiva* ó más bien *perceptiva* en la que el papel principal pertenece al sujeto, el que ve ó percibe el suceso á distancia.

Ambas clases de telepsiquia en la mayoría de los casos se encuentran combinadas de una manera estrechísima é inseparable, aunque pueden producirse, sin embargo, separadamente.

Sea por ejemplo un sujeto hipnótico ó magnético el que se duerme ó despierta siempre que se le dé orden de hacerlo, y sólo entonces, que adivine mi pensamiento en cuanto yo haga un esfuerzo para comunicárselo, pero que cese de adivinarlo en cuanto yo interrumpa mi esfuerzo. Es claro que en tal ejemplo el lado activo de la telepsiquia toma absolutamente el lado pasivo ó perceptible. Ocurriría lo mismo si yo moviese los brazos, las piernas, etc., de un sujeto, sin que tuviera él conciencia de ello, por una serie de actos de voluntad conocidos únicamente por mí.

Algunos casos de Telepatía parecen asemejarse á este tipo, como aquéllos en que el individuo objeto de la percepción telepática parece haber ejercido una acción positiva, completamente incomprensible desde luego, sobre aquél ó aquéllas que han tenido la percepción. Se puede creer, por ejemplo, que ciertos moribundos han reconcentrado todas las fuerzas de su pensamiento expirante sobre los séres que les eran queridos, y que tal concentración, á pesar de la distancia, produce una impresión telepática sobre los cerebros de sus parientes ó amigos. Se puede suponer también que esa acción telepsíquica ejerce á veces fuerza de toda voluntad espontáneamente y no sólo sobre séres humanos, sino sobre objetos materiales. El retrato de una persona se descuelga y cae sin una causa aparente ante los miembros de su familia: no hay alucinación, sino visión telepática. La caída del cuadro es un hecho real que todos perciben, pero se

produce en el mismo instante en que muere una persona. Si no existe en eso una coincidencia fortuíta, es, pues, que en el momento de la muerte se produce bajo la influencia del pensamiento del moribundo una suerte de descarga espontánea, análoga á la de un condensador eléctrico, seguida inmediatamente de oscilaciones ú ondulaciones susceptibles de recorrer con gran rapidez grandes distancias y de herir finalmente un objeto material. Sería como el equivalente de las ondas hertzianas y de la telegrafía sin hilos.

Por otra parte, he aquí un sujeto hipnótico ó magnético que, ya por medio de un vaso de vidrio ó de una bola de cristal, ya por las sugestiones del que le ha puesto en estado sonnambúlico, ve los sucesos que realmente se producen á distancia y que desconocen en absoluto los asistentes: no se trataría evidentemente en este caso de una acción sobre el sujeto por las cosas ó las personas que figuran en la visión; se trata de un caso de telepsiquia puramente perceptible.

¿Semejante facultad de ser, de percibir lo que pasa á distancia, sin recurrir á los ojos, á los oidos, á los órganos ordinarios de los sentidos, existe en estado latente en algunos séres humanos, quizás en todos, y puede ejercerse espontáneamente ó desenvolverse de un modo artificial bajo desconocidas ó poco conocidas condiciones? No podemos por el momento decidir la cuestión; pero si esa facultad existe, es seguramente probable que debe intervenir en todos los casos de telepatía perferta, es decir, en todos aquellos en que el suceso lejano, objeto de la Telepatía, se encuentre exactamente percibido ó representado.

No está prohibido, desde luego, combinar las dos hipótesis de la telepsiquia activa y la pasiva ó perceptiva; y esa combinación parece hasta indicada en la gran mayoría de los casos.

He aquí cómo podría formularse esta hipótesis mixta. Primer momento: la voluntad ó el pensamiento, aún inconsciente, del moribundo, desprende una acción telepsiquia que camina instantáneamente á través del espacio y como orientada en una cierta dirección. Segundo momento: esa acción, al llegar á un individuo determinado, despierta en él las partes inconscientes de su ser, la facultad latente de percibir ó representarse las cosas á distancia, y determina esa facultad á tal ó cual alucinación más ó menos verídica: ese es el momento de la telepsiquia perceptiva.

Sería erróneo, desde luego, quitar importancia á cualquier tentativa de explicación de un orden de hechos tan obscuros é inciertos. Es infinitamente más urgente reunir nuevas observaciones y sobre todo efectuar indagaciones sobre hechos del mismo orden á los que la experimentación es aplicable, es decir, sobre la sugestión mental y la lucidez, obtenidas artificialmente en las condiciones que permiten un análisis y una comprobación verdaderamente científicas.

EMILIO BOISAC
(Rector de la Academia de Dijon.)

MOVIMIENTO TEOSÓFICO

Nuestro querido hermano y amigo, M. Gaston Revel, ha comenzado á publicar en París una revista teosófica trimestral, con el título de *Annales Theosophiques*.

Dicha publicación ha comenzado bajo los mejores auspicios, y le deseamos vivamente el mayor éxito y una larga duración.

* * *

La suscripción privada y voluntaria hecha con motivo del sesenta aniversario del natalicio de Annie Besant, ha producido más de 25.000 francos. Nuestra Presidenta agradece á los donantes y destina la suma entera que se le ha entregado á las obras teosóficas siguientes: Colegio teosófico de Benarés, para niños, 5.000 francos; colegio semejante para niñas (es menos numeroso) 2.500; biblioteca de Adyar, 2.500; colegio teosófico en Ceylán, para niños, 2.500; colegio semejante para niñas, 2.500; para la obra de Olcott en favor de los parias de la India, 2.500; biblioteca teosófica de Benarés, 2.500.

* * *

La Rama *Yoga*, de Monterrey (México) nos participa, en comunicación fechada el 25 de Enero último, el nombramiento de

su mesa Directiva, que ha quedado constituída en la forma siguiente:

Presidente, D. Manuel M. López; Secretario, D. Francisco Martínez Garza; Tesorero, D. Elíseo Treviño, y Bibliotecario, D. Isaac Treviño.

A todos mandamos nuestro más cordial saludo.

* * *

La Sección italiana de la Sociedad Teosófica, celebrará su séptimo Congreso en Génova los días 17 y 18 de Abril, en el local del Instituto Botánico, Corso Dogali, núm. 1.

* * *

En los *Annales des Sciencies Psychiques* se registra un caso de clarividencia estudiado por el célebre profesor William Jamer.

La señorita Berta Huse, de Enfield (New Hampshire) el 31 de Octubre de 1898 salió de su casa á las seis de la mañana y no volvió más.

Fué vista por muchas personas cuando se dirigía hacia el puente Shaker y, en realidad, después fué encontrada bajo el mismo puente. Su familia había hecho muchas investigaciones por los bosques y por las riberas del lago, pero inútilmente. Un buzo de Boston, llamado Sulliván, trabajó en el lago durante dos días sin ningún resultado. El 2 de Noviembre la Sra. Titus, de Lebanon (New Hampshire), población que está á cuatro millas y media de Enfield, mientras dormitaba después de la cena, se mostró agitada y asustada. Despertada por su marido, dijo que estaba en el momento de encontrar el cadáver de la joven Berta.

Durante la noche, durmiendo la Sra. Titus dijo que Berta estaba detenida en el centro del puente, precisamente en el punto donde sobresale una viga que se desliza desde una de las cabeceras bajo la armadura misma del puente. Agrega todavía que sólo se puede ver uno de sus pies que sale del maderamen.

El Sr. Titus refirió cuanto la señora había dicho durmiendo á varias personas de Lebanon, las cuales se dirigieron al puente acompañadas por la Sra. Titus.

Fué llamado el buzo Sullivân, el cual declaró que él ya había buscado en aquel sitio. Pero la Sra. Titus insistió, indicando el punto donde se debía ver el pie. Bajó el buzo, y después de uno ó dos minutos se le vió reaparecer trayendo el cadáver de la joven Berta. Dijo que no había reparado en el punto indicado por la Sra. Titus, porque estaba cubierto de ramas y de yerba y no se podía percibir nada más que la galocha que sobresalía del maderamen.

Se dice que la abuela de la Sra. Titus estaba dotada de idéntica facultad, pero no resulta que la señora en cuestión haya pretendido ser clarividente.

El día después del descubrimiento del cadáver, la señora Titus cayó enferma. M. W. James publicó inmediatamente la atestiguación que el doctor Voennedy había recogido en la localidad pocos días después de su llegada.

* * *

Un nuevo y extraño caso de adivinación, no ya del pensamiento, sino de los hechos ocurridos fuera del lugar en que opera el vidente, á gran distancia del sitio en donde aquél realiza sus experiencias, acaba de ofrecerse en Sing-Sass, pintoresca aldea de Noruega.

El adivino es un muchacho de catorce años, de aspecto y conformación naturales, de complexión normal, saludable y fuerte, llamado Johann Floetum. Únicamente los ojos del niño denotan ese algo especial que está llamando la atención de los hombres de ciencia de todas partes.

Noticioso de las excepcionales facultades de este niño, Henry Seton-Karr, distinguido psicólogo y naturalista inglés, quiso convencerse por sí mismo de la verdad de cuanto respecto de él se decía, y se trasladó con tal fin á la aldea de Sing-Sass.

M. Seton-Karr ha publicado á su vuelta á Londres detalles

verdaderamente interesantes de lo observado y visto por él respecto del niño adivinador. Entre las referencias de M. Seton-Karr, encuéntrase la de un caso de adivinación emocionante, de un hecho desgraciado.

La seriedad de la persona ilustre que autoriza el relato, así como lo interesante del hecho, nos mueve á recoger lo dicho por el doctor.

He aquí ahora la prueba realizada por el joven adivino en presencia del doctor inglés:

Una linda niña de diez años había desaparecido del pueblo, y llevaba una semana sin parecer; sus padres la habían buscado por los lugares que la niña tenía costumbre de frecuentar; la policía había recorrido los alrededores, tratando de descubrir alguna huella. Todo fué inútil. La tierra parecía haberse tragado á Ana Jensen. Los padres, desolados, acudieron á Johann, suplicándole que ejercitara en bien suyo sus facultades de adivinación. El muchacho se prestó gustoso á complacerles, y rodeado de una muchedumbre enorme, entre la cual se encontraban las autoridades y el propio Sir-Henry Johann, en medio de un silencio sepulcral, comenzó su experiencia.

Al principio, pareció que su mirada se dirigía allá lejos, hacia las montañas de Aalesund. Gradualmente, sus ojos fueron ocultándose entre los párpados superiores hasta desaparecer por completo. De cuando en cuando se pasaba ligeramente la mano por la frente; de pronto sus labios comenzaron á moverse. Un estremecimiento recorrió la muchedumbre, que permaneció muda, pendiente de las palabras que iba á escuchar. Johann, con voz lenta, misteriosa, como el que habla entre sueños, pronunció estas palabras: «Veo á Ana atravesar una empalizada rota... se inclina para coger moras de una zarza... se aleja... más allá veo más zarzas cuajadas de moras, que Ana va recogiendo y guardando en una cesta... distraídamente ha llegado hasta el bosque... se detiene y mira asustada en derredor suyo... Se ha extraviado; ella lo comprende así y llora... trata inútil-

mente de encontrar el camino que ha de conducirla á su casa... por fin se decide á tomar por una senda... pero esa senda no conduce á su casa... sino á la cascada que cae sobre el río...

La veo llegar hasta el borde del agua... Asustada, trata de apartarse de aquel sitio; tropieza... se escurre en el musgo que cubre una piedra... cae... sí... cae al río, revuelta entre las espumosas aguas de la cascada... Veo su cuerpo entre unas piedras, en el fondo del río.» Johann ha terminado su experiencia, pero recuerda perfectamente todo cuanto ha «visto», y todavía conmovido por la terrible visión, se presta á servir de aguia hasta el lugar donde se encuentra el cadáver de la desventurada Ana Jensen. Allí estaba, en efecto; la «clarividencia» de Johann permitió á los padres de la desdichada niña el triste consuelo de dar supultura á su cuerpo.

Excusado es decir si el niño adivino habrá recibido proposiciones para lucir sus facultades... por dinero. Johann se ha negado á convertir su extraña clarividencia en objeto de explotación.

* * *

Hemos recibido, entre otras obras, la *Historia de la filosofía española* y *El mito de Psychis*, interesantes producciones del ilustre Profesor de la Universidad Central de Madrid, D. Adolfo Bonilla San Martín.

La leyenda de D. Juan, de D. Víctor Sáinz de Armesto.

Y el libro de poesías *Papellones*, de nuestro hermano D. José Plana y Dorca.

De todas estas obras nos limitamos á acusar recibo, encareciendo su valor, y nos ocuparemos de ellas con la extensión que se merecen.

No hay en el corazón del hombre ninguna pasión cuya debilidad le impida arrostrar la muerte. El deseo de vengarse triunfa de ella, el amor la desprecia, el honor aspira á obtenerla, la desesperación la busca como un refugio, el miedo va delante de ella, y la fe la abraza hasta con alegría.

Lord Baçon.

San Sebastiana Esperantista Grupo Teosofista.

Oni invitas chiujn esperantistojn teosofistajn, korespondadi esperante pri aferoj rilatantaj al nia scienco, kaj ni ankau proponas traduki chiujn teosofistajn artikolojn de fremdaj samideanoj, por ilin publikigi en la hispana revuo *Sophia*. Ni proponas nian kunlaboradon en samespecaj fremdaj revuoj.

Grupo Esperantista Teosófico de San Sebastián.

Se invita á todos los teósofos esperantistas á corresponder en esperanto sobre asuntos relacionados con nuestra Ciencia, y también nos ofrecemos á traducir al español todos los artículos de extranjeros que se nos remitan en esperanto, para publicarlos en nuestra Sophia. Colaboraremos del mismo modo en revistas extranjeras de igual especie.

Artes Gráficas: J. Palacios. Arenal, 27.